Bartolomé de Las Casas y el pensamiento criollo en el Ecuador.

*Esteban Ponce**

Este trabajo pretende ser la reflexión inicial de un proyecto más extenso sobre el origen, desarrollo y crisis de la conciencia criolla en el Ecuador. Parto del presupuesto de que el pensamiento criollo, como racionalización fundante de la nacionalidad se constituyó sobre una serie de vicios de entendimiento que, por una parte, eran la defensa del *status quo* en beneficio de una minoría racial, política y económica, y, por otro lado, construían ideológicamente un cerco de prejuicios en torno a los grupos raciales y económicos no pertenecientes a la esfera dominante. La reducción del concepto “criollo” a esta imagen de doble defensa del edificio ideológico no niega la participación de otros muchos elementos en la configuración del criollismo (religión, “patriotismo”, autonomía, nociones de raza, entre otros). Por razones de tiempo reduzco aquí las observaciones a este doble movimiento de defensa ideológica y restrinjo el objeto del ensayo a lo que considero la semilla de la conciencia criolla ecuatoriana en el ámbito de las primeras confrontaciones entre conquistadores y corona española durante el siglo XVI. Específicamente quiero mirar la influencia que en ese enclave ejerce la figura de Bartolomé de Las Casas y el eco, generalmente escamoteado, de su discurso en el pensamiento anterior y posterior a la independencia ecuatoriana.

De los escritos y la acción política de Las Casas derivaron efectos clave para la configuración de la conciencia criolla. Estos efectos fueron más bien producto del rechazo que de la empatía. En el recorrido por textos fundamentales de la ecuatorianidad, lo que se encuentra sobre Las Casas es una ausencia casi absoluta. Sin embargo, la figura del sevillano, su visionaria percepción antropológica y etnológica, la procura de las Nuevas Leyes para las Indias en 1542, se enclavan en el centro mismo de dos revueltas ocurridas en Quito: la Guerra de Quito en 1544 y la Revolución de las Alcabalas en 1592. Ambas consideradas en la historiografía ecuatoriana como “anticipos” de la independencia americana. En los textos escolares han sido presentadas como tales contribuyendo a la creación del

mito del destino libertario al que estaba avocado ese pueblo desde su origen.

La distancia psíquica entre las colonias y la sede del imperio conllevó un impulso autonómico en diversos segmentos de los conquistadores en relación al poder central en España. Un breve recuento de las campañas que arrancaron en medio de severos conflictos de desobediencia basta para comprender cómo la mediación del océano minaba desde su inicio la fidelidad necesaria para el control de la empresa conquistadora. Los casos de insurrección en las campañas de Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Diego de Nicuesa, Vasco Núñez de Balboa o Sebastián de Benalcázar fueron, entre muchos otros, piedra de toque de un mecanismo de tensiones autonómicas y centralistas que terminaron cuatro siglos más tarde en las guerras de independencia.

Cuando en 1542 Las Casas obtiene la emisión de las Nuevas Leyes, en América Meridional las disputas que habían desencadenado en 1535 la primera guerra civil en el Reino del Perú, no se habían terminado, a pesar de que para ese momento ya habían muerto Almagro en 1538 y Pizarro en 1541. De manera que a la llegada del primer Virrey Blasco Núñez de Vela, nombrado con la consigna de hacer cumplir las Leyes Nuevas se detonó el último episodio de las guerras civiles y con ella la primera expresión del autonomismo quiteño: La Guerra de Quito, como la denominó el cronista Pedro Cieza de León. Núñez de Vela al llegar al Perú envió a todas las ciudades del nuevo Virreynato las ordenanzas que exigían el cumplimiento de las Nuevas Leyes. Los encomenderos acudieron a Gonzalo Pizarro, Gobernador de Quito, para que defendiera los derechos de los conquistadores. Éste se declara en rebeldía y ejecuta al Virrey. Su lugarteniente Francisco de Carvajal se autodenomina “General del felicísimo ejército de la libertad del Perú”, según lo consigna el historiador ecuatoriano Roberto Páez en el primer volumen de la antología de *Cronistas coloniales* (227). En 1548 Pizarro y Carvajal son sometidos y ejecutados por el nuevo Virrey Pedro de la Gasca.

La Guerra de Quito es el momento clave en el origen de la conciencia criolla ecuatoriana. Por una parte hay un intento de autonomía absoluta frente a la corona, por otra parte surge la necesidad de reconfigurar la justificación teórica de la explotación de los recursos en América eludiendo las cargas y los controles que venían de España. El laborioso trabajo de argumentación de Las Casas para obtener las Leyes que conciliaban de alguna manera los intereses de la Corona con los de los pueblos sometidos en América quedaba desplazado con este acontecimiento por una demanda de establecer normas a partir de principios que, si debían ser conciliatorios, no lo eran con los indígenas

sino con los conquistadores rebeldes. El largo proceso de reflexión, investigación, documentación que estaba en el sustrato de las Nuevas Leyes quedó desarticulado por la pragmática respuesta del “obedezco pero no cumplo” que se instauró como norma generalizada entre encomenderos. Así es como introduce el historiador Páez en *Cronistas coloniales la Historia de las guerras civiles del Perú* del cronista Pedro Gutiérrez de Santa Clara:

Las guerras civiles tuvieron origen, como lo ha notado el benemérito historiador español don Manuel Serrano y Sanz, en las famosas “Ordenanzas” que un fraile de santo celo, como era el Padre Las Casas, pero de mentalidad no siempre acorde con la realidad, inspiró a la Corona de España. [...] por desgracia aquellas ordenanzas no tenían en cuenta los intereses que podían reclamar en su favor los que con sus propios recursos, con esfuerzos y sudores, habían acometido la imponderable tarea de conquistar el Nuevo Mundo en beneficio de España, ciertamente, pero también en provecho propio, ya que una empresa privada como fue la del descubrimiento, había de resarcirse de sus gastos. (225-26)

Está muy claro cómo concibe el historiador Robles una mentalidad “acorde a la realidad”. Y la figura de Las Casas “no siempre acorde a la realidad” se hace merecedora únicamente del pobre apelativo de “fraile de santo celo”. Esta alusión, como ocurre en una buena parte de los textos en el Ecuador en referencia a Las Casas, olvida por completo la producción historiográfica, epistolar y jurídica del dominico para recuperar con sesgada intención el humanitarismo cristiano, el apostolado religioso del “fraile de santo celo”. De este modo se ha despojado a Las Casas de razones y se le ha recubierto de sentimientos, y éstos ni siquiera como cualidad particular suya, sino como efecto de su pertenencia fiel a la Iglesia Católica, primero, y luego como miembro de la Orden de Predicadores. Así la peligrosa individualidad de Las Casas desaparece y se rescata en el valor católico de su celo, la matriz gestora del pensamiento criollo.

Otro historiador contemporáneo José María Vargas, dominico también como Las Casas, se refiere así a la Guerra de Quito en su *Historia del Ecuador-siglo XVII*:

[...] fue un acontecimiento que puso de relieve la actitud beligerante de los conquistadores en defensa de derechos adquiridos y el fracaso de la intransigencia en el ejercicio de la autoridad. Fue una lección que enseñó a conciliar los ideales de justicia social con la realidad económica de la clase conquistadora y de los primeros

criollos [...] Causa ocasional de la Guerra de Quito fue la aplicación de las llamadas Leyes Nuevas de 1542. (75)

A continuación Vargas añade una cita del cronista Antonio de Herrera y Tordesillas¹ en la que se refiere la acción de “los religiosos de la Orden de Santo Domingo” ante el Rey para obtener las Nuevas Leyes. En la cita el nombre de Las Casas se pierde en medio de un listado de dominicos y se resalta la acción humanitaria de la Orden que buscaba “remedio a los abusos que pasaban en las Indias”. Se soslaya la imagen de Las Casas para permitir que en el texto emerja la Orden de los Predicadores. Al igual que Páez, Vargas hace confluir varios recursos para degradar la imagen de Las Casas y poner en primer plano la Orden dominica. En otro libro dedicado a *La economía política del Ecuador durante la colonia*, Vargas utiliza una fuente bastante parcializada para referirse a cuatro de los protagonistas de la Guerra: Pizarro, Las Casas, Núñez de Vela y La Gasca. Aunque Las Casas no es mencionado en el texto, creo que los adjetivos atribuidos a los Virreyes Núñez y La Gasca como brazo que intentaba hacer cumplir las leyes obtenidas por aquél, son de alguna manera una extensión de la figura del Obispo de Chiapas. La cita proviene del artículo “La fundación de Quito” de un investigador apellidado Schotelius² el cual hablando de Gonzalo Pizarro dice:

'Fue durante algunos años el arbitro del destino de Quito, hombre de naturaleza de hidalgo, con los poderosos impulsos del tiempo caballeresco y de una nueva etapa de aventuras, avanzó el primero con dirección al Río Amazonas; vivió luego una vida opulenta con sus minas en el Alto Perú; se alzó después como rebelde y dominó la América desde Panamá hasta Chile; venció en los campos de Iñaquito al burócrata y cortesano Blasco Núñez de Vela y finalmente sucumbió ante el frío y severo dictador La Gasca'. (30)

Vargas, hermano de religión de Las Casas y además mestizo enfermo de criollismo, se guarda de no confrontar con la figura de un personaje que, en los mismos años en que Vargas escribe estas obras, está empezando a ser recuperado bajo la bandera de movimientos progresistas. Vargas renuncia a atacar directamente la figura de Las Casas, hacerlo habría sido avivar el entusiasmo de los católicos y no católicos que animaban procesos populares de corte contestatario. Por otra parte, el historiador mestizo que asume un discurso enteramente criollo, intenta tras el subterfugio de la cita, levantar su filiación criolla sin comprometer su supuesta objetividad. Otro recurso que interpone para mediar su mestizaje acriollado es el de

confrontar opiniones contrarias para él finalmente ofrecer una síntesis que parecería provenir de un intento de objetividad, como se puede leer en su comenario a la gestión de Manuel Barros durante la Revolución de las Alcabalas.

A los cincuenta años de la Guerra de Quito, en 1592, la ciudad fue el escenario de una segunda revuelta de orden más o menos semejante: la Revolución de las Alcabalas, una nueva reacción de los criollos frente a la actitud favorable a los indios del Presidente de Audiencia Manuel Barros de San Millán. Vargas, al comentar los hechos, pretende construir una forma de objetividad al recoger opiniones a favor y en contra de la actuación de Barros pero finalmente prevalece su propio criterio de que exageraba en su celo por defender a los indios:

Con el doctor Barros se repitió el caso del Virrey Núñez de Vela. Un temple intransigente y un afán incontrolado de favorecer a los indios provocaron una reacción de parte de los españoles e indios afectados en sus intereses. [...] el Oidor Cabezas de Meneses [...] escribió al Rey impugnando el criterio que el doctor Barros tenía para favorecer a los indios, de los cuales hacía el Oidor un cuadro pesimista bajo todos los aspectos. Asimismo el Provincial de los agustinos, Padre Jerónimo Ladrón de Guevara, expuso su parecer acerca de las consecuencias desastrosas que se experimentaban por la libertad de los indios concedida por el doctor Barros. (Historia del Ecuador 286-7)

Barros murió durante la Revolución de las Alcabalas y el Cabildo organizó un gobierno provisional que se puso en pie de lucha contra las autoridades virreinales que quisieran someterlos. Una vez más el intento de proteger a una parte de la sociedad colonial frente a los abusos de otra es leído por los historiadores criollistas como una expresión del espíritu libertario y no como un gesto de resistencia al derecho cuando éste procuraba la protección de una mayoría explotada. Arturo Roig en su libro *Humanismo en la segunda mitad del siglo XVIII*, apunta lo violentamente contrastante que fue el hecho de “las Alcabalas” en una sociedad tan estática como la quiteña del siglo XVII:

Contrastes violentos en una ciudad que sin embargo, se suponía inmóvil y en la que sus clases altas habían logrado que la plebe participara de las ilusiones de un orden que hiciera unidad de toda su abigarrada constitución. Contradicción reprimida por una voluntad expresa en una cosmovisión integrada de fuerte sentimiento religioso ritualista [...] (36).

En “las Alcabalas” como en las guerras de independencia el discurso criollo involucra en su propia agenda a “la plebe” sugiriendo la posibilidad de una nueva realidad integradora. En el fondo, el proyecto, salvando las diferencias coyunturales, era fundamentalmente el mismo que motivó la revuelta de Gonzalo Pizarro: reivindicación de los derechos de conquista sin normativa alguna que controle los supuestos derechos. Pero la historiografía criolla siempre se esforzó en fortalecer la ilusión de una tendencia libertaria que había nacido antes que la patria misma. Como afirma Roig este proceso se constituía sobre una abigarrada acumulación de elementos difíciles de discriminar en la cercanía inmediata, pero que habiendo salvado el margen de tres siglos ya parece necesaria una “mala conciencia” para seguir comentando la historia desde la perspectiva que ha dividido a una nación en castas que paulatinamente han tenido que redefinirse para permitir la movilidad imposible de contener. El pensamiento criollo que se fraguó en estas revueltas es el que determinó la descalificación práctica del indio en su integración a la sociedad naciente. Y el mestizo que nació de este matrimonio desavenido necesitó entonces y necesita ahora, blanquearse, acriollarse para sentirse parte de una ecuatorianidad con derechos. En la sociedad contemporánea en que la globalización nos integra a todos sin permitir que todos la integremos, el esfuerzo por regresar a las fuentes en donde se ha construido el discurso nacionalista criollo, desarticular sus mitos ineficaces y procurar integrar los elementos que maliciosamente se han dejado fuera, me parece que es un ejercicio necesario en el contexto de un Ecuador en que se hace imprescindible el aporte de los que, hasta hace poco, han estado excluidos, justamente porque con ellos, con una visión “otra” de la realidad, es posible repensar auténticamente el país y su posibilidad de ser parte de una nueva realidad regional. Los acontecimientos recientes en el Ecuador nos han demostrado que los indígenas no necesitan las voces de nuevos “Las Casas” para hacerse escuchar. Es en la sociedad mestiza en la que necesitamos construir un espacio de comprensión de una historia que premeditadamente abrió trampas y de las que ahora tiene dificultades para salir.

Tres aspectos relevantes extraigo de esos primeros escarceos autonomistas. Primero: El pensamiento lascasiano entró a Quito con las Leyes Nuevas en medio de esta doble característica: reacción violenta de los conquistadores y derrota práctica, aunque no jurídica de las Leyes, pues el Virrey La Gasca venció a Pizarro, pero debió hacer concesiones a los encomenderos para poder pacificar la región. Segundo: El punto de vista histórico sobre estos hechos se acuñó en el molde criollo que aparece en los textos citados, esto es: Pizarro defendía sus derechos como conquistador y

Núñez de Vela era un “intransigente” que por tal fracasó en el ejercicio de su autoridad. Tercero: Ubicar a Las Casas en la causa generadora de los conflictos pero negarle la palabra en el discurso. De esta manera una de las fuentes fundamentales para una mejor comprensión del mestizaje ecuatoriano queda soslayada por un discurso criollo que se osificó en la resistencia a admitir los derechos del otro y empujó a las mayorías mestizas a acriollarse para no quedar marginadas en la confusión posible con ese otro. Una revisión auténtica del papel del mestizaje en el Ecuador actual no puede prescindir de una mirada aguda sobre esos vacíos que dejó la historiografía oficial.

Notas

* University of Maryland

¹ La cita está extraída de *Historia general de los hechos de los castellanos*. Década VII, Lib.VI, Cap. IV.

² Vargas cita la fuente literalmente de esta manera: “Justa Wolfran Schotelius: 'La Fundación de Quito', en la Revista, ARCHIVO IBEROAMERICANO de Berlín, 1935.”

Bibliografía.

- Barrera, Isaac, ed. *Historiadores y críticos literarios*. Vol. 17 de Biblioteca Ecuatoriana Mínima. Puebla: Cajica, 1960.
- Cevallos García, G. *Visión teórica del Ecuador*. Vol. 1 de Biblioteca Ecuatoriana Mínima. Puebla: Cajica, 1960.
- Estrella Veintimilla, Pablo. *Entre el pillaje del oro y el espejismo del petróleo*. Cuenca: Universidad de Cuenca, 1977.
- Olmedo, José Joaquín, *Discurso sobre las mitas de América*. Guayaquil: Imprenta de la Universidad, 1947.
- Páez, J. Roberto, ed. *Cronistas Coloniales*. Vols. 3 y 4 de Biblioteca Ecuatoriana Mínima. Puebla: Cajica, 1960.
- Roig, Arturo Andrés, *Humanismo en la Segunda mitad del siglo XVIII* (1a. Parte). Quito: Banco Central del Ecuador, 1984.
- Vargas Ugarte, Rubén, *El episcopado en tiempos de la emancipación sudamericana*. Lima, 1962.
- Vargas, José María, *Bartolomé de Las Casas, su personalidad histórica*. Quito: Sto. Domingo, 1974.
- Vargas, José María, *Fr. Domingo de Santo Tomás*. Quito: Sto. Domingo, 1937.
- Vargas, José María, *Hernando de Santillán y la Fundación de la Real Audiencia de Quito*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1963.
- Vargas, José María, *Historia del Ecuador – Siglo XVI*. Quito: PUCE, 1977.
- Vargas, José María, *La economía política del Ecuador durante la colonia*. Quito: Universitaria, 1957.
- Vargas, José María, *La evangelización en el Ecuador*. Quito: Ortega, 1978.
- Vargas, José María, *Polémica universitaria en el Quito colonial*. Quito: PUCE, 1983.
- Zaldumbide, Gonzalo, ed. *Fray Gaspar de Villarreal*. Vol. 5 de Biblioteca Ecuatoriana Mínima. Puebla: Cajica, 1960.